

En otra escritura de 1482, los Hospitalarios de Tolosa son llamados Templarios de San Juan de Jerusalem (1).

Por no haberse fijado los historiadores con la debida atencion en estas circunstancias, han cometido el error de decir que aún existian Caballeros del Temple más de cien años después del Concilio de Viena, poniendo duda en las donaciones auténticas hechas al Hospital, bajo el nombre de Templarios, después de 1312 (2).

Consignemos aquí los castillos y otros puntos que los Templarios poseyeron en Siria sin contar las residencias que ordinariamente ocupaban durante las expediciones y guerra contra los musulmanes.

El pueblo de Jadres ó Gadres, conocido por el nombre de Gazar (3).

El Castillo de Bellfort, vendido á los Templarios lo mismo que Sidon en el año 1260 (4).

El Castillo Blanco (5).

La casa del Temple, en el puerto de Laodicea (6).

Vado de Jacob,—la sommelería del Temple.—Trepesach y Docos.

Cava del Temple,—y Marle del Temple (7).

Gaza que seguramente seria el pueblo de Jadres.

El Castillo Gaston,—el de Saphet, y la Sisterna Roja (8).

Casa convento de Acon. (Tolemaida, San Juan de Acre).

Casa de Antioquía,—la de Tiro, y la de Jerusalem.

Castillo de Fabara, cerca de los muros de Jericó (9).

Dos Castillos cerca de la ciudad de Sidon (10).

Castillo de los Peregrinos.

El pequeño Castillo Gerin (11).

Castillo de los llanos, que parece seria el mismo Castillo de los Peregrinos (12).

(1) Gallia Cristiana nova, tom. 1, col. 262.—Item, Glossarium, novum, P. Carpentier.

(2) Chron. de Tom. Ebendorf.—Haselbach, escrit. Austria, tom. 2.

(3) Benoid, Hist. de Toul, pag. 478.—Dom Calmet Hist. de Lorena tom. 2, pag. 470.

(4) Bern. Thesaur, pag. 768.

(5) Mart. Sanut, pag. 221.

(6) Bern. Thesaur, ibidem.

(7) Italia Sacra tom. 3, pag. 407.

(8) Rog. de Hoveden, pag. 636.

(9) Bern. Thesaur, cap. 203.

(10) Radulph. Coggeshale, pag. 249.

(11) Marin Sanut, pag. 221.

(12) Mateo de Paris, año 1185.

(12) Martiniere in Lexicon geografico.



CAPITULO VIII.

Reflexiones sobre si era conveniente ó no la supresion de la Orden del Temple.—Opinion de un protestante.—Los Hospitalarios.—Sus servicios en Europa.—La frase *Bibere Templariter*.—Su refutacion.—Las exenciones.—Asertos del historiador Daniel en contra del Temple.—Refutaciones.—Observaciones acerca de la supresion.—Conclusion.



ONSIDERAMOS de imprescindible necesidad, abordar la cuestion de si era conveniente suprimir la Orden del Temple, si las razones que se dan para justificar dicha abolicion son fundadas, y, por fin, cual fué la suerte de cuantos contribuyeron á tan lamentable supresion.

No han faltado aun, en medio de tan encarnizados enemigos, algunos espíritus imparciales, equitativos y despojados de toda pasion, que han convenido en que una Orden como la del Temple que habia prestado servicios los más importantes á la Religion, merecia algunas consideracio-

nes; que una sociedad sumisa á las leyes del Estado debe ser tolerada y protegida, por cuanto se debe tolerancia á todo lo que perjudica, ni es nocivo al interés público: para saber si los Templarios se hallaban en este caso, no es por cierto á sus enemigos á quienes se debe acudir para persuadirse de ello, sino á los pobres que han socorrido con sus limosnas, á los peregrinos que custodiaban y acompañaban para visitar los Santos Lugares, los enfermos que cuidaban en los hospitalés, y á los cautivos que rescataban de las manos de los bárbaros.

No puede decirse que despues de la pérdida de la Palestina, los Templarios se habian hecho inútiles; pues su estado no lo era menos que antes, para proporcionar los mismos servicios á la cristiandad y á los fieles. Ya hemos visto que despues de la pérdida de Tolemáida, los Templarios, desde Chipre, hicieron expediciones á Siria, haciendo prodigios de valor el Gran Maestré Fr. Jacobo de Molay en union de sus Caballeros; y cuando el Papa Clemente V, en 1306, mandó un breve á dicho Gran Maestré para que se presentase en Francia, estaba ocupado en idear y poner en ejecucion un plan excelente para entrar otra vez en la Tierra Santa.

En España habia muchas fronteras que guardar, respetables ciudades que defender, é innumerables fuerzas de moros á quienes combatir, y la conducta que observaron los reyes de Aragon y Portugal despues de la extincion del Temple, prueba de una manera incontestable cuán necesaria era aquella Caballería; así es que luego de suprimida, fué indispensable sustituirla con otras que tuviesen el mismo objeto y llenasen el mismo fin.

Pocos años despues de la supresion, el Rey de Armenia atacado por los árabes, se vió obligado á pedir á los Hospitalarios le socorriesen, y lo hicieron inmediatamente.

La emolucion que en semejantes coyunturas animaba á las dos Ordenes, habria hecho que los del Temple pusieran su escuadrilla á la vela, y el socorro hubiera sido tan pronto como eficaz.

Por otra parte, muchas familias nobles sobre-cargadas de hijos, educados de manera que no era fácil soportar una vida austera entrando en ciertas religiones, tenian la satisfaccion de aliviarse de algunos de ellos haciéndoles Caballeros del Temple, y por este medio se aumentaba el patrimonio de los demás que quedaban en el mundo, por cuya razon habia una evidente utilidad de conservar la Orden del Temple, tanto como la de los Teutónicos y Hospitalarios.

Es positivo que en algunas partes de Alemania se rechazó el Luteranismo, entre otras razones, porque se abolian los Capítulos de nobles.

Añadamos á todo esto, que un resto de veneracion para los antiguos fundadores, debia detener la extincion del Temple; á fin de no temer y presenciar lo que sucedió al cabo de poco tiempo; esto es, ver tantas igle-

sias arruinadas, desiertas y profanadas, en las cuales los Templarios tributaban alabanzas á Dios y le daban un culto semejante al de las Catedrales.

Era fácil prever que los Hospitalarios no serian en número suficiente para ocupar tantas residencias, y que lugares tan respetables abandonados á colonos, serian muy pronto destinados á usos profanos; y á la verdad, muchos de dichos santuarios, que en otro tiempo no cedian en magnificencia á ninguna otra iglesia, fueron absolutamente descuidados, sin ornamentos, sin decencia y sin limpieza, pareciendo imposible que hubiese sacerdotes que se atreviesen á decir el sacrificio de la misa.

¡Cuántas ruinas famosas, restos preciosos de arquitectura; escudos de casas antiguas, nos han hecho seguir sobre la negligencia, la ingratitud y la malicia de los hombres!

Sobre este asunto, dice un protestante inglés:

«Yo lamento de todo corazon la destruccion de los monasterios del Reino; podian reformarse, pero no arruinarlos. Así pensará todo hombre sensato, así discurría el célebre amigo de los hombres.

«Mas ¡ay! supongamos que el ejército se hallase relajado y en la más vergonzosa molicie, que la magistratura disipada y la nobleza sin costumbres y sin delicadeza, ¿seria esto razon bastante para abolir el ejército, los magistrados y los títulos hereditarios? la invencion de destruir y suprimir es el contrario absoluto del arte de gobernar, es la magnanimidad del suicidio, un cirujano ignorante corta un brazo, Esculapio con cierto tratamiento lo hubiera curado, con cuatro tratamientos como el primero, queda no más el tronco (1). El Caballero Marsham, aunque separado de la Iglesia Romana, se expresa de esta manera:

«Nuestros monasterios han experimentado por desgracia en el espacio de muchos años una suerte fatal; y de tantas señales y testimonios de la piedad de nuestros antepasados, apenas han quedado sino algunas débiles ruinas y escombros confusamente amontonados; parece que se teme lo que tiene de magnífico la religion, y que hay peligro de ser demasiado religioso. Nosotros vemos con amargura monumentos respetables, y templos augustos, consagrados á Dios, ser despreciados, de una manera indigna, despojados espantosamente, y á punto de ser olvidados, bajo el especioso pretexto de aniquilar la supersticion. Nosotros hemos presenciado y visto con horror, profanadas las reliquias de los santos mártires, y los altares de Jesucristo cambiados en caballerizas; y aun no faltan hombres tan celosos que en el exceso de su delirio, no temen decir que las an-

(1) El Marques de Mirabeau primera parte, pag. 13.

tiguas Ordenes religiosas fueron inspiradas por el abismo, ¡á cuánto puede llegar el extravío y la sugestion del amor propio! (1).»

Si los Caballeros de Malta han hecho grandes servicios á la religion y á la Europa, ¿cuántos hubieran prestado los aguerridos Caballeros del Temple?

Hubo un tiempo en que las galeras más temibles en el Mediterráneo fueron sin disputa las de la Orden de San Juan. Despues que el emperador Carlos V, cedió á dicha órden Hospitalaria la isla de Malta, además de convertirla en fortaleza inespugnable, se procuró hacerla productiva. Dicha isla era un peñasco abrasado por el sol, y que no era capaz de sostener la vigésima parte de sus habitantes. Estos atraídos por el incentivo de un gobierno dulce y paternal, iban á Sicilia á buscar tierra cubrir y fertilizar aquel peñasco, cambiando lo árido y pedregoso en deliciosos huertos y jardines. Los Templarios habrían hecho en otras partes, lo que los Hospitalarios hicieron en Malta. Sin estos últimos, el Mediterráneo sería infestado de ladrones y piratas; no puede negarse que durante una serie de años muy respetable las galeras de Malta aseguraron la tranquilidad del comercio de todas las naciones, y el valor de los Hospitalarios era reconocido por todas partes, sin exceptuar los comerciantes de diferentes sectas, haciendo justicia á la Orden de Malta, considerándola de grande utilidad para los intereses mercantiles.

Los ingleses, siempre dispuestos á condenar cuanto no es en su propio honor y beneficio, parecían no hacer gran aprecio de los Hospitalarios: el orgullo y la vanidad ha presidido en todas épocas el juicio de los ingleses; el robo y la piratería ha hecho la gran nacion británica. Grandes ejemplos se leen en la historia sobre lo que acabamos de indicar. La ocupacion de Malta por los ingleses en 1799, contra todas las leyes y tratados, dá la idea de lo que es la Inglaterra.

Los holandeses, más francos y más sinceros, reconocieron de buena fé la utilidad de los Caballeros de Malta, por los servicios que reportaban en su comercio, por cuanto sus buques que iban al Egipto y al Archipiélago, tenían en Malta un puerto seguro de arribada y al propio tiempo defendido de los corsarios á los cuales las galeras maltesas les daban caza.

El intentar y pretender decir que los caballeros no eran útiles á los comerciantes europeos, es querer sostener que en los bosques en cuyas espesuras se ocultan los ladrones de los caminos reales, sería inútil colocar gente armada que pusiese á raya á los malhechores, y protegiese la vida y dinero de los viajantes (2).

(1) Marsham, Hist. de los monasterios de Ingl. tom. 1, en el prefacio.

(2) Cartas judías tom. 6, pag. 220

Por todo cuanto antecede, inferimos que fué poco conveniente suprimir la Orden del Temple, como lo hubiera sido tambien abolir la del Hospital.

En vano se querria probar una diferencia, suponiendo una corrupcion general en la primera. A esto dice un célebre magistrado.

«Yo jamás creeré, que unos religiosos adheridos al Evangelio por deber, y á la patria por los lazos de nacimiento, pudieran olvidar de golpe los sentimientos de la religion, de la virtud y de la humanidad incompatibles con el fanatismo..... Algunos individuos particulares pueden encubrir su carácter durante su vida, pero es imposible que no sean conocidos los errores de una corporacion y sobre todo durante el espacio de muchos años y además de una corporacion religiosa y tan célebre frecuentemente atacada y defendida. Sería injusto el pronunciar una condenacion fundada sobre rumores desventajosos, sobre una nombradía incierta, sobre sospechas é imputaciones vagas.»

Además, es innegable que antes de 1305, la Orden del Temple gozando de su reputacion, era tan considerada como pudiera serlo la del Hospital; y el injurioso adagio *Beber como un Templario*, tantas veces sacado á colacion por los historiadores modernos, no habia sido siquiera imaginado cuando existía la Orden, esta idea digna solamente del Diccionario cómico, no pudo tener origen sino en alguna callejuela en tiempo de Rabelais, que fué el primero de hacer uso de semejante adagio en su Gargantua.

Baluzio, autor de las vidas de los papas de Avignon, á quien nada se le escapó respecto á las costumbres de aquel tiempo, consigna y dice que entonces se decia, *Bibere Papaliter*, pero no se halla en ningun escritor anterior á la supresion del Temple, *Bibere Templariter*.

Supongamos por un momento que hubiese estado en boga entre el pueblo, decir beber como un Templario, hé aquí lo que hubiera dado motivo á ello; era de regla, que los Templarios en el refectorio, estuviesen colocados de dos en dos en una misma mesa, y que en favor de los pobres, se diese escrupulosamente lo sobrante del refectorio; por cuyo motivo se servía á cada mesa alimento para cuatro Caballeros.

Esta abundancia ordenada con un fin de caridad, y tan conforme con la intencion de los fundadores, ¿podía imaginarse jamás que pudiese servir de fundamento á la difamacion del instituto?

Ciertos espíritus demasíadamente complacientes para creer que en efecto los Templarios estuviesen sumergidos en todos los horrores de que se les acusó, han buscado la causa de ese supuesto desbordamiento, y han creído hallarla, los unos en las riquezas de la Orden, y otros en sus privilegios y exenciones.

«Si los Templarios, decia Gilles de Roma, en el Concilio de Viena, no

hubiesen sido exentos de jurisdicción, sus Obispos diocesanos les hubieran visitado pastoralmente, y hubieran prevenido la impiedad que se introdujo en ellos; á lo menos la habrían conocido y sabido, y ciertamente que no la habrían dejado durar por tan largo tiempo.»

En lugar de responder, que la corrupción de que se hace mérito, no habiendo sido probada jamás, debía ser considerada más bien como imaginaria que real y positiva.

Con este motivo el Abad de Chailli dice que este ejemplo no resuelve nada; y en tanto es así, que muchos personajes tanto laicos como religiosos no exentos, se les ha visto caer en los mismos errores; que la corrupción de los Templarios no tenía otro origen que la de no exentos; que provenía principalmente de que los Caballeros ociosos y sin ocupación no se ejercitaban la mayor parte sino de tarde en tarde en acciones militares; además, continuamente se hallaban expuestos en medio de los infieles, y no tenían la ciencia necesaria para garantizarse de la seducción, y que el verdadero remedio de estos males hubiera sido darles por superiores á clérigos ilustrados y sabios, en lugar de laicos.»

Esta contestación del defensor de las exenciones, no tiene más valor que la de su antagonista. Para hacer ver la debilidad de una y otra, bastaría notar lo siguiente:

Primero. Que al principio del siglo XIV, se consideraban tan poco abusivas las exenciones, que el mismo Clemente V, y después Juan XXII las confirmaron á la Orden del Cister, y las exenciones que habían gozado los Templarios, fueron renovadas á la Orden Teutónica, hija del Temple, y el mismo Gilles de Roma, aunque Arzobispo, tan contrario á dichos privilegios y exenciones, quería que se conservasen á los frailes mendicantes.

Segundo. Los superiores del Temple cada uno en su provincia hacían la visita regular de las casas de su dependencia deponiendo y rehabilitando según consideraban conveniente. En el proceso instruido contra los Templarios de Inglaterra se encuentran diferentes relaciones sobre estas visitas.

M. Ducange cita el proceso verbal de una de estas visitas hecha en 1302. Además el visitador general visitaba las casas de toda la Orden.

Tercero. Los Presbíteros de la Orden, si eran nobles, podían ser elegidos Preceptores. Podrían citarse muchos ejemplos. Estos por lo tanto eran literatos, instruidos y capaces para distinguir la lepra de la lepra, y en mejor condición para el remedio que los visitadores extranjeros ó extranjeros.

Cuarto. Hemos consignado en esta obra ejemplos de encarcelamiento y castigos bastante rigurosos por faltas muy inferiores y menos enormes que la sodomía, blasfemia é idolatría. Hemos visto también á supe-

riores laicos acusados de demasiada severidad en el castigo de los culpables, por lo que es falso que los Templarios, por ignorancia, fomentasen el vicio.

Quinto. Si los Templarios en general no tenían la ciencia necesaria para garantizarse de la seducción, en cambio no les faltaba para instruirse un clero doméstico, del cual los Reyes y los Papas con frecuencia les elegían sus capellanes, camareros y agentes diplomáticos; si algunos de aquellos sacerdotes no eran profundos directores, debíase más bien á un vicio del siglo, que no de la Orden.

Sexto. Hemos visto también que los Templarios tenían y conservaban íntima amistad con las demás órdenes religiosas pero principalmente con el Cister, y los mendicantes. Estos últimos algunas veces les servían de capellan en las expediciones militares. Aquí podríamos citar las relaciones particulares que tuvo el Gran Maestre Fr. Felipe Duplessis con el Venerable Padre Brocar segundo prior de los Hermitaños de Monte Carmelo, que era su consejero; las relaciones del Gran Maestre Fr. Tomás Berald con Fr. Guillermo de Trípoli de la orden de Predicadores, misionero enviado á la Tartaria, la íntima amistad que medió entre el Gran Maestre Fr. Guillermo de Belljoch, y el venerable Fr. Julian Trinitario, que había sido señor de Sajete y súbdito del Temple.

Ahora bien, preguntamos nosotros, ¿se puede suponer que tantos amigos, tantos confesores y confidentes extranjeros de los cuales no se puede sospechar de irreligión, habrían tenido, ni podían tener tan poco celo que no advirtieran á los superiores tanta abominación y corrupción general, que el abad de Chailli pretende haber sido causada por la ignorancia de los Caballeros?

Séptimo: La Orden del Temple con mucha frecuencia se había lamentado á la Santa Sede, de la multitud de sus miembros, atraídos por la dulzura de una vida más tranquila, que entre el tumulto de las armas, sin permiso de los superiores, se salía de la Orden para entrar en otras religiones cuyas reglas eran más austeras; á cuyas representaciones muchos Pontífices espidieron breves con prohibiciones muy rigurosas, á fin de impedir á los Caballeros que quisieren salirse de la Orden, no se atreviesen á verificarlo, sin el competente permiso del Gran Maestre.

Siendo verdad que muchos de los Templarios se salían de la Orden para entrar en otras religiones; ¿Cómo es que por estos descontentos no se supiese que la causa principal de abandonar el Temple, había sido la corrupción de sus individuos, la ignorancia y la incapacidad de los que gobernaban la Orden?

La historia, que nada les ha perdonado, ¿nos hubiera ocultado estas circunstancias? Si no puede negarse que los Templarios estaban continuamente arma al brazo frente de los musulmanes, ¿cómo puede conci-